

GEORGES CORM

La cuestión libanesa

Ahora que algunos incluso dudan de la existencia de una entidad libanesa, y que el futuro de ese país está más amenazado que nunca, Georges Corm nos recuerda que el Líbano tiene una historia original y específica y que no es una concentración artificial de comunidades. (Corm) sugiere, en un segundo tiempo, un cierto número de medidas pacificadoras, un proyecto de desmilitarización del Líbano, cuya urgencia salta cotidianamente a la vista. El lector interesado podrá leer o releer, como complemento, el artículo de Georges Corm ("Del libanismo a la libanidad. Reflexiones acerca de la minoría cristiana") en el libro El Cercano Oriente en la guerra (Esprit, mayo-junio 1983).

Los dolorosos acontecimientos del Líbano a partir de la primavera del año 1975 nos llevan, cada vez más, a plantearnos ciertas preguntas acerca de la naturaleza y de los componentes de la crisis que no parece querer terminar de desgarrar a este pequeño país que es, sin embargo, tan importante para el equilibrio del Cercano Oriente. Frente a la complejidad de los problemas y al embrollo de las fuerzas que agitan a la sociedad libanesa, algunos están llegando a dudar de la viabilidad de la entidad libanesa. Es cierto que la crisis del Líbano presenta algunos temibles escollos para el análisis en razón de la multiplicidad de los factores en juego así como de los actores de los que se trata aquí. Es por ello que podemos muy a menudo comprobar la existencia, en el análisis, de derivados que llevan a que se le dé privilegio ya sea a un particular enfoque, ya sea a tal o cual factor variable de una sociedad en perpetuo estado movedido; de ahí ya no hay más que un paso hacia la adopción de esquemas reduccionistas de análisis que, en realidad, no reflejan más que las actitudes y las preferencias ideológicas que puede inspirarles la crisis libanesa a las diversas corrientes de opinión.

Podemos recordar aquí dos de los esquemas de acercamiento usados en el análisis. Ambos desembocan en el absurdo resultado que niega la existencia de una entidad libanesa. El primero se construye en base a un enfoque microanalítico, en función de los datos locales. En este caso, se examina el detalle antropológico de las regiones y de las comunidades libanesas y se pasa revista a las especificidades demográficas, religiosas, ideológicas y sociológicas existentes en el territorio libanés. El país aparece entonces como un conjunto heteróclito de sectas religiosas y de subgrupos regionales, sin que uno pueda definir cuál es su identidad propia; así, la crisis libanesa se convierte en el reflejo de una heterogeneidad a la que ninguna razón logra reducir. El segundo esquema, por el contrario, parte de un enfoque macroanalítico; Líbano es tomado aquí en su contexto regional e internacional, en los que aparece inmediatamente como una

víctima de tensiones y de conflictos que lo rebasan y de los cuales no es más que un simple juguete. Aquí, de nuevo, la existencia de una entidad libanesa se esconde: existe en el Cercano Oriente una crisis regional que polariza una rivalidad internacional; no existe, por lo tanto, una cuestión libanesa propiamente dicha. En los dos casos, el enfoque pierde todo su valor explicativo.

El observador que quisiera rebasar, en estos dos enfoques, el reduccionismo, tendría que buscar la manera de hacer un análisis multifactorial tomando en cuenta todos los niveles del análisis (locales, regionales, internacionales) y todas las variables que influyen sobre los acontecimientos. Se encontraría rápidamente confrontado con el problema de la ponderación que hay que atribuirles a los distintos factores y a las distintas variables. Y, no obstante, la ambigüedad acecha al analista porque no faltará la ocasión en que la preferencia ideológica y política falsifique el sistema de ponderación, con el riesgo de quitarle al análisis su valor explicativo objetivo.

Dentro de este marco nos encontramos a menudo con dos escenarios de análisis en extremo reduccionistas, y esto independientemente de la sofisticación bajo la cual puedan ser presentados. El primero privilegia exclusivamente al factor religioso; en este caso, el enfoque de la crisis libanesa es local, cuando no se le remata con un marco regional. Y la crisis se presenta como una lucha entre el Islam y el cristianismo sobre el suelo libanés, lucha que no pertenece a la jurisdicción de una dinámica regional más amplia: la del cristianismo oriental y la del judaísmo que quieren hacer fracasar las abusivas pretensiones del Islam por dominar al Cercano Oriente y a sus minorías. El segundo escenario, que contiene las más diversas variantes, es el resultado de las teorías del "complot internacional"; este complot, ya sea norteamericano, ruso, islámico o siro-israelí, tiene en la mira la desestabilización del Líbano y su división en pequeños pedacitos en beneficio de uno de los factores cuyo papel es importante dentro de la escena regional e internacional. El atractivo de la ideología que anima a estos modelos que pretenden ser explicativos oculta de nuevo la complejidad de la situación de la verdadera naturaleza de lo que está en juego en la cuestión libanesa.

En realidad, si uno no se construye un campo histórico sobre el cual fundar el análisis, buscar un modelo explicativo de la crisis libanesa parece inútil. Es cierto que, en el caso del Líbano, el mismo enfoque histórico puede ser considerado bajo ciertos ángulos conflictivos, sobre todo cuando se le reduce a su dimensión comunitaria. Sea como sea, más allá de estas visiones conflictivas, surgidas de las luchas comunitarias del siglo XIX y de la reducción de la historia libanesa a una lucha entre el cristianismo —bajo la conducción de la

comunidad maronita— y el Islam en su encarnación pansiria o panárabe, es indispensable contar con una reflexión histórica acerca de la naturaleza de la entidad libanesa como preámbulo a cualquier propósito que se tenga acerca del Líbano.

Esto último es lo que intentaremos hacer aquí, tanto por medio del recurso permanente de los tres niveles de análisis constituidos por los datos locales, regionales e internacionales que le dieron forma a la historia del país, como por medio, por otra parte y al mismo tiempo, de la utilización de dos redes explicativas. La primera es la del conflictivo juego entre los factores centrífugos y centrípetos que actúan sobre la existencia de la entidad libanesa. La historia del Líbano, así como la de muchos otros países, puede en efecto ser caracterizada por el enfrentamiento entre factores desintegradores e integradores, sean estos locales, regionales o internacionales. La segunda red, complementaria de la primera, es la de la lógica, hoy quebrantada, de todo el orden sociopolítico e ideológico que ha estructurado al Líbano y al Cercano Oriente desde la época de Mohammed Alí en Egipto, durante la primera mitad del siglo XIX. Se trata del orden de la "Nahda", el Renacimiento árabe, ese gran movimiento de las letras, de las artes, de las reformas a la religión, a la educación, al derecho, en fin, a la vida social en su conjunto, orden en el que el Líbano tomó parte activa e influyente. Actualmente ese orden parece deshacerse sin que sea posible, todavía, captar los fundamentos de uno nuevo. Este desquiciamiento del orden de la Nahda es un componente esencial de la crisis libanesa que puede incluso aparecer como un cuestionador de la entidad libanesa para aquellos que ignoran cuáles son sus fundamentos históricos profundos.

Así, comprobamos que la cuestión libanesa no podría ser tratada dentro de un marco racional sin operar un retorno a la formación histórica de la entidad libanesa que permitiese analizar coherentemente el enfrentamiento multipolar cuya resultante es cero, que caracteriza al Líbano desde 1975 y determina las bases sensatas de una solución de este problema que sea sólida y duradera.

Surgimiento y consolidación del Emirato libanés. Siglo XVI-XIX

Aun si toda la periodización histórica tiene un carácter arbitrario, podemos sin embargo, cuando buscamos construir la historia de la Montaña libanesa y no cuando evocamos exclusivamente la crónica de las sectas religiosas que la poblaron, fechar el nacimiento del Líbano contemporáneo, y por lo tanto el surgimiento de la entidad libanesa, a principios del siglo XIX, paralelamente al advenimiento del reino de los emires maánides que culmina con el gobierno del Emir Fakreddine (1590-1635). Antes de ese momento, es muy difícil atribuirle una personalidad jurídico-política a la Montaña libanesa. Observaremos, sin embargo, en la Montaña, la existencia de tradiciones libanesas específicas que se remontan a la evangelización y, luego, a la islamización de la región; se trata de aquellas que caracterizan a las intensas relaciones que se establecen entre comunidades religiosas: por un lado, con respecto al dogma oficial —bizantino para los cristianos, sunnita para los musulmanes— entre las comunidades minoritarias y, por el otro, entre esas comunidades y las que, siendo mayoría, reconocen el dogma oficial. Las tradiciones, que en el primer caso son pacíficas e integradoras, y en el segundo son más conflictivas, serán el sostén sociológico esencial de la constitución del Emirato y, más adelante,

de la del Gran Líbano. La historia del Emirato libanés se presenta así, a la manera de toda la historia compleja que rebasa a la del grupo tribal o sectario, como la de la lucha entre los factores integradores y los factores fragmentadores.

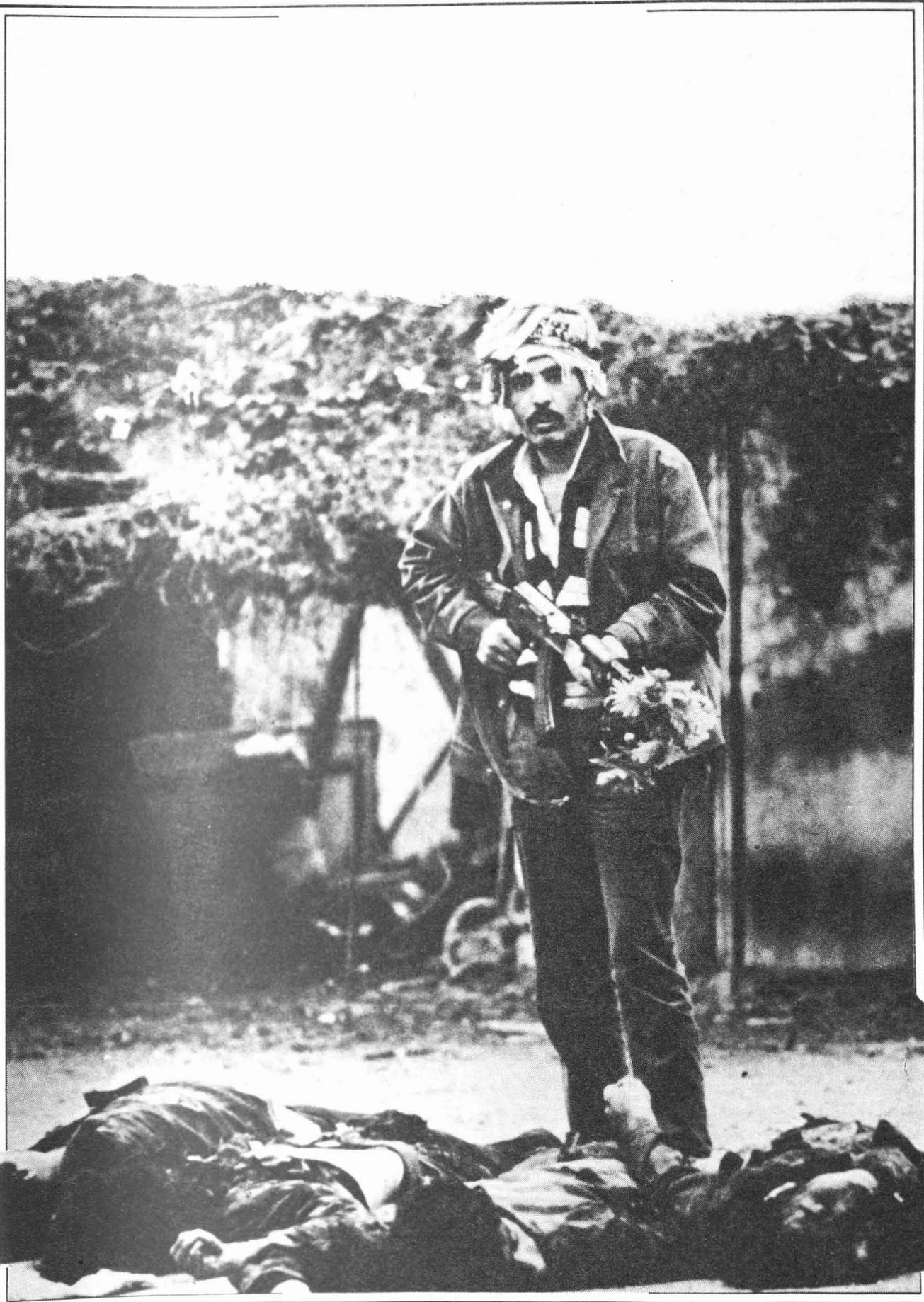
La fragmentación de la historia libanesa anterior al siglo XVI es, en realidad, el resultado de una fragmentación más amplia que incluye la del conjunto del Cercano Oriente. Parte de la historia del Líbano es, sin duda, el pasado fenicio, pero este último no constituye una especificidad propia. Habiendo sido una civilización a escala mediterránea, fue por lo tanto una civilización de ciudades-Estados, y Cartago, al igual que Byblos, puede enorgullecerse de su herencia fenicia que se quedó confinada a la costa sin ni siquiera acercarse, por lo menos no en el caso del Líbano, a la Montaña que, muchos siglos después, será el corazón de la entidad libanesa.

Fuera de esta herencia, y hasta el siglo XVI, ya nada es sino fragmentación y centrifugidad, tanto en el Líbano como en el Cercano Oriente. Familias, tribus, clanes y sectas evolucionan dentro de una diversidad caleidoscópica protegida por un medio geográfico constituido por abruptas montañas salpicadas de llanos propicios para las emboscadas. La Biblia nos ofrece un espectáculo elocuente de esta diversidad a la que todos los grandes imperios que se han sucedido en esta región han tratado de reducir: egipcios, babilonios, persas, griegos, romanos, bizantinos, latinos, así como todos los imperios islámicos, desde los omeyas hasta los otomanos. En el Cercano Oriente, sólo Egipto goza de una continuidad y de una coherencia a pesar de las transformaciones étnicas o religiosas que conoció a lo largo de su historia. Su geografía, centrada en torno al valle del Nilo, favorece la permanencia de su entidad.

El resto del Cercano Oriente, por el contrario, no fue —hasta la época moderna— en lo más mínimo propicio para el poder centralizado y fuerte. Particularmente en el Líbano, pero también en otras regiones montañosas del Cercano y Medio Oriente, las estructuras sociopolíticas de la población hicieron que el surgimiento de un poder local fuerte fuese casi imposible o, por lo menos, efímero. De ahí, quizás, ese vacío que los imperios externos vinieron a llenar, sin poder tampoco instalarse de manera duradera. Estas fuerzas centrífugas que encuentran su origen en la estructura de la población local pueden ser definidas por medio de tres elementos principales:

a) la existencia de sectas religiosas compactas, relativamente herméticas, particularmente en lo que se refiere al Líbano: los maronitas, los drusos y los chiítas que poblaron la Montaña, dejándoles la costa a los griegos ortodoxos del dogma cristiano bizantino y a los sunitas representantes de la ortodoxia islámica. De esta manera, la costa es abandonada en favor del poder central extranjero; la Montaña es tomada por la disidencia que se erigió en entidad a partir del siglo XVI.

b) la existencia de vínculos tribales y clánicos muy fuertes que se superponen a las relaciones de sectas sin por ello recortarlas. Estos vínculos provienen de la Arabia pre-islámica y son, hasta el siglo XVIII, una de las principales fuentes de conflicto y de turbulencia en la Montaña libanesa. Añ Danaes, en 1711, la última gran batalla en la que los feudales libaneses se enfrentan bajo la bandera quaísita o yamanita, cada una de las cuales agrupa indistintamente a drusos, maronitas y chiítas. Estas relaciones tribales que se distienden gracias al surgimiento unificado del Emirato, llegan desgraciadamente a confundirse con los vínculos sectarios, una vez du-



rante el siglo XIX (1840-1860), y luego en el siglo XX, a partir de 1975, bajo el golpe de las violentas interferencias externas que examinaremos más adelante.

c) la existencia, en el interior de los clanes y de las familias, de rivalidades y de sangrientas peleas por el ejército del poder local. La historia libanesa, tanto en el norte como en el sur y en el centro de la Montaña, es la de innumerables asesinatos de hermanos, primos, sobrinos, que quieren llegar al poder y mantenerse en él. Aquí, de nuevo, no existe ningún tipo de especificidad (en muchos periodos y en muchas regiones; Europa, por ejemplo, conoció muy bien este fenómeno). La agudeza de estos problemas proviene, en el caso del Líbano, del hecho de que no se logra establecer ni una sola regla de sucesión para el poder, y de que existirá siempre, dentro de la misma familia feudal, un pretendiente del poder que ejerce otro de los miembros de la familia. En estas rivalidades sin regla del juego, el recurso al extranjero es un dato constante, en particular el recurrir a las autoridades imperiales extranjeras o a sus representantes locales. Bajo el Imperio Otomano, y desgraciadamente hasta el siglo XIX, en la época en que la entidad libanesa avanza hacia la maduración, apelar a los pachás de Damasco o de San Juan de Acre en Palestina es una constante de la historia de las familias gobernantes. Una práctica como ésta pone constantemente en duda la emancipación que la sociedad del Monte Líbano se esfuerza por desarrollar y consolidar desde el siglo XVI. Hasta ahora, estas fuerzas centrífugas están actuando en la historia libanesa y pueden servir de clave para explicar muchos de los comportamientos desde los sucesos de 1975.

La simbiosis de las comunidades, base de la entidad libanesa

Pero la especificidad libanesa que se consolida a partir del siglo XVI en el Monte Líbano proviene del surgimiento de fuerzas integradoras que seguirán estando ausentes en otras partes del Cercano Oriente, a lo largo de todo el periodo del Imperio Otomano. Esta especificidad se manifiesta en una simbiosis socioeconómica creciente entre las tres principales comunidades de la Montaña (los drusos, los maronitas y los chiítas). La consolidación del Emirato libanés es el resultado de esta simbiosis. Dirigido en un principio por la dinastía drusa de los Mann, y logrando alcanzar un primer apogeo con el reino del Emir Fakhreddine en el siglo XVII, el Emirato pasa después a manos de la dinastía de los Chebab, de origen musulmán sunita, que se convierte después al catolicismo de la iglesia maronita. Es evidente que los límites geográficos de la entidad libanesa siguen siendo fluctuantes, al antojo de las resistencias y de los contraataques del poder central otomano y de sus representantes locales. Pero por lo menos la entidad se dotó de un centro de gravedad, el Monte Líbano Central, y de un poder local y dinástico, aun si en el seno de las familias reinantes las luchas por el poder siguen siendo ásperas.

Lo que proporciona, desde un principio, la base del Emirato es la fuerte estructura feudal drusa; y es el campesinado maronita, en plena expansión demográfica durante el siglo XVIII, el que le asegura su prosperidad económica por medio de la roturación y de la remoción de las tierras de estas montañas semiáridas. Y, finalmente, lo que les permite a los emires del Líbano sacar a la Montaña de su aislamiento es el surgimiento de la Europa del Renacimiento, en particular el de las ciudades italianas, así como el principio del ocaso del Imperio Otomano. Esta es una coyuntura histórica notable,

necesaria para la emancipación del Monte Líbano y, sin embargo, en lo más mínimo suficiente por sí sola. Porque sin esta simbiosis muy específica de las comunidades libanesas, que crea el tejido socioeconómico que permite el surgimiento de la entidad libanesa, el Emirato libanés no habría existido nunca. La simbiosis se traduce por ese fenómeno propiamente libanés que, en el contexto socioreligioso rígido del Cercano Oriente, consiste en la facilidad con la cual se opera el paso de una comunidad a otra, en particular en el nivel de las familias dirigentes. Con el tiempo, estos transvases comunitarios intervendrán sobre todo en favor de los maronitas, en la medida en que la comunidad se va transformando en un canal privilegiado de la influencia creciente que tiene Europa sobre los asuntos del Cercano Oriente.

Hoy está de moda, favoreciendo el relativo fracaso de las ideologías modernistas europeas en África y en Asia y la renovación del fundamentalismo religioso, denigrar a las entidades asiáticas surgidas del desmembramiento del Imperio Otomano y el no hacer de ellas sino creaciones artificiales del colonialismo con el propósito de minar la solidaridad político-religiosa del Islam, más mítica que real para quien está dispuesto a admitir que la religión no es nunca más que un cimiento, entre otros, del orden social y que nunca puede ocultar de manera definitiva las realidades étnicas o las particularidades regionales. En el caso del Líbano, la coyuntura histórica internacional colaboró sin duda para que surgiera la entidad, como es el caso de cualquier entidad que busque adquirir una personalidad dentro del orden internacional. Pero la esencia de esta entidad es, antes que nada, la simbiosis comunitaria que se realiza a pesar de todo lo que puede aparentemente separar, en el terreno religioso, a comunidades tan diversas entre sí.

Podemos entonces plantearnos, en forma legítima, la pregunta que concierne a la naturaleza de la enorme crisis que sufre la entidad libanesa durante el siglo XIX, entre 1804 y 1860. Es una crisis que presenta similitud sorprendente con la crisis actual: ¿la recurrencia de conflictos comunitarios de tan gran amplitud, durante el siglo XX, no desmentirá la confirmación de que existen fundamentos específicos que constituyen una entidad libanesa? Dejemos por la paz, por lo pronto, a la crisis del siglo XX, que será el tema de nuestra segunda parte, y examinemos la del siglo XIX.

El deslizamiento del feudalismo hacia el confesionalismo: 1840-1861

En la base de esta primera gran crisis de la entidad libanesa se encuentra una ruptura de la simbiosis entre las comunidades drusa y la maronita, ruptura que permite el deslizamiento de los conflictos familiares internos, tradicionales en la historia de la Montaña, de los conflictos de tipo feudal clánico, hacia uno más amplio de tipo confesional. De hecho, entre 1840 y 1860 asistimos a una progresiva alineación de la filiación política, cosa que ocurre bajo el peso de agudas presiones externas que desestabilizan completamente a la entidad libanesa. Estas presiones externas tienen su origen en la despiadada rivalidad que desarrollan en esa época la Francia y la Inglaterra coloniales en torno a la dominación de la Ruta de las Indias. Tras el muy sangriento enfrentamiento entre los drusos y los maronitas, nos topamos, a lo largo de todos esos años de conflictos con los proyectos hegemónicos contradictorios de las dos grandes potencias coloniales de la época.

A esta causa externa se le añaden, sin embargo, algunos

factores de tipo local. En particular, el reclutamiento de la comunidad maronita que se encuentra en pleno auge cultural, económico y político, apoyada por Francia, como parte de la muy imprudente política del Gran Emir Bachir II Chebab. Este último les abrió efectivamente las puertas del país a los ejércitos de Ibrahim Pachá, el hijo de Mohammed Alí, y utilizó a esta fuerza para tratar de quebrar el poder de la feudalidad drusa, el último de los obstáculos a vencer para que se hiciera realidad su hegemonía sobre el Monte Líbano. En realidad, Bachir II, por su alianza con el Egipto de Mohammed Alí, se alineó con el eje anglo-otomano que por todos los medios se esforzó por contener la expansión egipcia, amenaza para el Imperio Otomano y para los intereses ingleses.

Las repercusiones de este conflicto regional con prolongaciones internacionales sobre la entidad libanesa tomará un cariz atroz con las grandes masacres confesionales de 1840 y de 1860 entre los drusos y los maronitas. Entre 1843 y 1860, un infructuoso intento por partir al Monte Líbano en un departamento druso y un departamento maronita no hace sino reflejar el callejón sin salida en el que se encuentra el conflicto regional, así como la incapacidad de las familias reinantes de la Montaña para encontrar un terreno de alianza ajeno a la tutela que ejercen sobre ellas sus protectores del exterior.

Podemos, de esta manera, apreciar el extremo entrelazamiento, que volveremos a encontrar a partir de 1975, de los factores internos y externos en el interior de esta magna crisis de la entidad libanesa. Podemos pensar, en forma razonable, que los conflictos libaneses del siglo XIX nunca habrían tomado un cariz tan violento y formas confesionales tan agudas sin el juego de los factores externos. Es incluso sintomático que todas estas violencias se detengan en 1861, tan pronto llegan a un arreglo las cinco potencias coloniales de la época con el Imperio Otomano, cansados todos ya del rompecabezas libanés. Se trata del Estatuto Orgánico del Monte Líbano, al que se le amputaron geográficamente sus periferias naturales en el norte, en el sur y en el llano de la Bekaa, regiones que serán entonces colocadas bajo la tutela de los pachás de Damasco. La gestión de este pequeño Líbano —al término del protocolo internacional rematado por el Estatuto Orgánico— le es encomendada a un gobernador otomano, con lo cual el Monte Líbano pierde la autonomía conquistada por sus Emires a lo largo de tres siglos. Este gobernador, de acuerdo con los términos del Estatuto Orgánico, debe ser de confesión cristiana, pero los cónsules de las cinco grandes potencias presentes en Beirut vigilan su gestión.

Al consagrar el deslizamiento del feudalismo tradicional de la Montaña hacia el confesionalismo, el Estatuto Orgánico prevé la constitución de una asamblea deliberante, cuya sede debe estar junto al gobernador otomano pero cuyos miembros deben ser los representantes de comunidades religiosas. Se trata por lo tanto de una asamblea destinada a encontrar un consenso confesional, pero en lo más mínimo de una verdadera asamblea democrática. En su seno, los libaneses no están representados más que como miembros de una comunidad religiosa y no como ciudadanos de una entidad política emancipada.

Estos años de conflictos constituyen también un periodo muy perturbado desde el punto de vista social. Muchas revueltas campesinas intervienen, particularmente en territorio maronita, donde el clero, en su mayoría de origen campesino, llama a la impugnación del orden feudal. Efímeras comunas populares se reúnen en algunos de los pueblos de la Montaña, con la participación de elementos provenientes de

varias comunidades. Pero, bajo la presión de los factores externos a la crisis, tanto los drusos como los maronitas conocerán una evolución contradictoria. En efecto, la feudalidad drusa, apoyada por Inglaterra y por el Imperio Otomano, logrará impedir que se extienda la protesta campesina hasta sus zonas de influencia directa, y esta tarea les será facilitada por las masacres y expulsiones de campesinos maronitas en las regiones que ella domina. Sin embargo, en un sentido opuesto, Francia estimula la emancipación de los maronitas, bajo la dirección del clero, teniendo como segunda intención la de crear en la región un hogar nacional cristiano susceptible de asegurarle que su influencia será perenne. Así es como la simbiosis tradicional de las comunidades se ve provisionalmente rota, no sólo políticamente sino también socialmente. Son los factores externos, que vienen a incorporarse a los errores de los grandes señores feudales libaneses, los responsables de esta ruptura que destruye el tejido social y zapa los fundamentos más profundos de la existencia de la entidad libanesa, encarnada en la constitución del Emirato libanés desde principios del siglo XVI.

El Pequeño Líbano o la entidad "amarrada": 1861-1920

El futuro del Líbano, convertido en pequeño Líbano a raíz del reglamento de 1861, aparece así muy sombrío. Sin embargo, esta entidad políticamente "amarrada" y geográficamente disminuida va a encontrar nuevas vías para su existencia y su vocación de simbiosis comunitaria y de pluralismo democrático, dentro de una región a la que siglos de dominación imperial extranjera han petrificado en su proceso evolutivo. Letrados e intelectuales libaneses emigrados —y sobre todo aquellos que están en Egipto y en Estados Unidos—, pero también los que se encuentran en el propio Líbano, van a aportar una contribución fundamental al renacimiento de la cultura árabe y a la reafirmación del derecho de las provincias árabes del Imperio Otomano a la autonomía, e incluso a la independencia. Ensayistas políticos y hombres de letras, los libaneses se ilustrarán con el desarrollo de la prensa en lengua árabe, la modernización de la lengua y de la poesía, la creación de los numerosos clubes y asociaciones árabes que tiene como finalidad la de desarrollar, de diversas maneras, la conciencia nacional de las provincias árabes del Imperio Otomano. Dentro de este gran movimiento de renacimiento árabe, Nahda, los libaneses cristianos, y entre ellos muchos maronitas, abren con sus conciudadanos árabes del Líbano, de Siria y de Egipto, un diálogo particularmente rico acerca de la laicidad y de la libertad religiosa.

Contrariamente a una imagen muy común, esta élite cristiana libanesa presenta opiniones políticas muy diversas. Los partidarios de un Líbano cristiano representan una tendencia relativamente menor. Muchos son los que apoyan que se mantenga la soberanía otomana en el marco de una descentralización que le sea concedida a las provincias árabes; muchos son, también, los partidarios de una unidad árabe cuyo centro de gravedad estaría constituido por la península arábiga, mientras que otros invocan, sin embargo, una nacionalidad pansiria construida sobre la unidad geográfica de la fértil Media Luna, al mismo tiempo que algunos llaman a la constitución de un Gran Líbano independiente y laico. La diversidad no es menos importante del lado de la élite musulmana, libanesa y árabe: desde un panislamismo utópico hasta un nacionalismo egipcio-faraónico en el caso de algunos intelectuales egipcios, pasando por to-

das las tendencias que hemos evocado al hablar de los intelectuales cristianos, sirios y libaneses.

A pesar de los terribles sucesos de los años 1840-1860 no existe dentro de la mayoría de la élite libanesa una discrepancia fundamental de origen confesional que date de esa época. Muy por el contrario, y como por reacción a este periodo tan sombrío de su historia, las élites libanesas, en particular la de los cristianos, se entregan en cuerpo y alma a la tarea del renacimiento árabe. Y de esta forma, en el curso del siglo que sigue al drama de 1840-1860, el Líbano conocerá nuevamente un periodo dorado, caracterizado por el retorno progresivo a la simbiosis de las comunidades que constituyen la mismísima esencia de su existencia.

El Gran Líbano: 1929-1967

En 1920, al recuperar sus periferias geográficas naturales y sus salidas, igualmente naturales, al mar, el Líbano se ve geográficamente "desamarrado". Trípoli en el norte, Sidón y Tiro en el sur, y finalmente Beirut, en el centro. La élite política libanesa, impregnada de la ideología pluralista y democrática de la Nahda, sabe encontrar las fórmulas para el compromiso entre los imperativos de la democracia y del pluralismo y la desafortunada institucionalización del confesionalismo político impuesta al país por el reglamento de 1861 y perpetuada y amplificada por el mandato francés. Estas fórmulas serán consagradas por el famoso pacto nacional de 1943, en virtud del cual el ala militante cristiana de la comunidad maronita abandona la idea de una protección extranjera sobre un Líbano predominantemente cristiano, a pesar de que el ala pansiria o panárabe de la comunidad sunnita acepta definitivamente la existencia de un Líbano independiente. Como garantía para este arreglo, se llega al acuerdo de que un maronita ejercerá las funciones de jefe del Estado, un sunnita las de la presidencia del Consejo y un chiíta las de presidente de la Cámara de diputados.

De hecho, de 1920 a 1967 la feudalidad chiíta de la Bekaa y del sur del país sigue siendo preponderante, la feudalidad drusa tradicional del Monte Líbano sigue persistiendo, hay personalidades urbanas sunnitas de Trípoli, Beirut y Saida, hay antiguos partidarios del poder otomano y de sus relevos de Damasco y palestinos locales, una nueva burguesía maronita, ya sea administrativa, empresarial o de profesión liberal, al lado de los extraños señores feudales del norte del país que sobrevivieron a la tempestad del siglo pasado y, finalmente, una burguesía empresarial urbana griega ortodoxa: toda esta élite política se constituirá, claro está, como un club cerrado para la gestión del país, pero permitirá que se desarrolle en el interior de ese club una gran atmósfera de libertad, favorable a un nuevo desarrollo de la simbiosis comunitaria que se ha vuelto más compleja debido a la integración de la comunidad sunnita libanesa con las tres comunidades tradicionales de la Montaña.

A lo largo de los 100 años que van de 1861 a 1967 sólo una nube atraviesa el cielo de la reconstitución de una simbiosis comunitaria que, de ahí en adelante, será más rica gracias al aporte sunnita: se trata de los conflictos de 1958. Con frecuencia escuchamos la pregunta que plantea si el nasserismo, forma militante y radical del nacionalismo árabe unitario, amenazó en ese entonces la existencia del Líbano. Aquí nuevamente no podemos dejar de señalar hasta qué punto las circunstancias regionales e internacionales fueron determinantes en esta crisis y hasta qué punto estuvieron entrelazadas con los factores locales. Porque la desestabilización no

caracteriza únicamente al Líbano sino que afectó también a Irak que, por la violencia, pierde su monarquía, y a Jordania, surgida en un contexto de aguda tensión internacional constituido por las secuelas de la triple agresión israelí-anglo-francesa contra Egipto y los esfuerzos de Estados Unidos por lograr que los países árabes ingresaran al famoso pacto de Bagdad, destinado a impedir una expansión de la Unión Soviética en el Medio Oriente. Con gran imprudencia, el presidente libanés en turno, Camille Chamoun, igual que el Emir Bechir Chébab II durante el siglo pasado, optó por alinearse ostensiblemente con uno de los bandos. Al igual que su ilustre predecesor, el presidente en turno desarrolló una activa política con el fin de reducir la influencia de las feudalidades tradicionales de la Montaña y consolidar su propio poder cuya prolongación parece querer pedir, yendo así en contra de las disposiciones constitucionales que limitan el mandato presidencial a seis años no renovables.

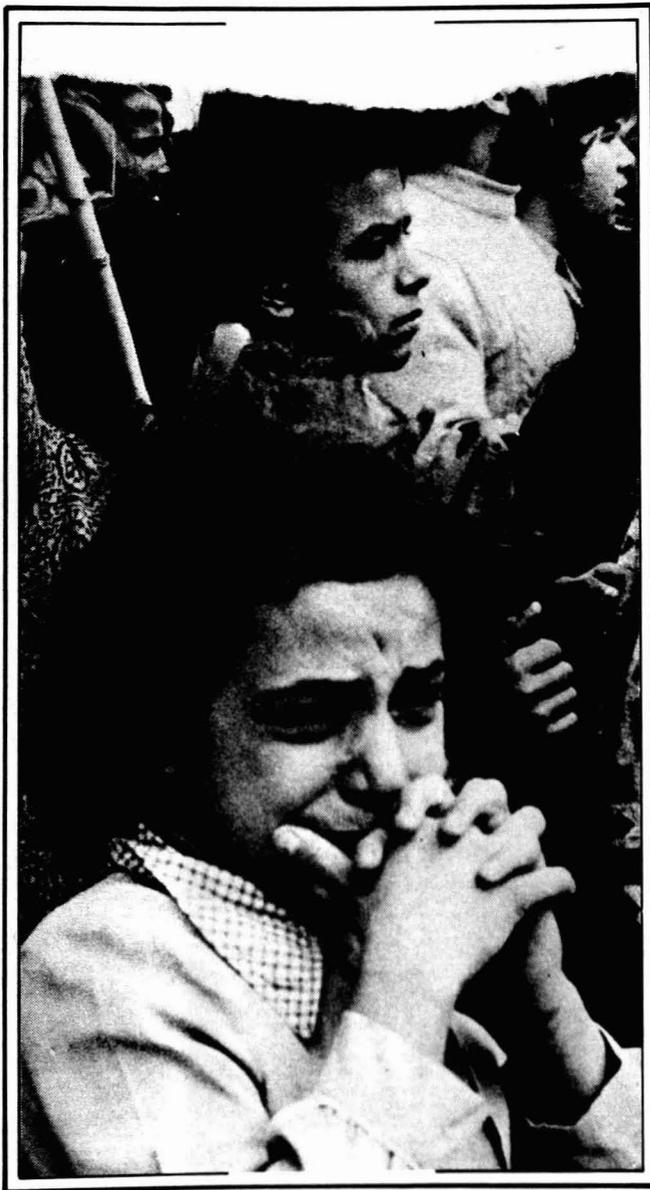
Así, durante algunos meses, presenciamos una conjunción de factores locales, regionales e internacionales que desestabilizan al Líbano. Pero la tormenta termina rápidamente, y con el ascenso del general Fouad Chébab (1958-1964) a la presidencia de la República, Líbano pasa a una nueva etapa positiva en el sentido de que se promueve la integración económica y social de las comunidades y el desarrollo de un Estado moderno. Una política exterior muy sabia, que le evita al Líbano cualquier tipo de alineación, ya sea en el terreno de las rivalidades interárabes, o en el del conflicto Este-Oeste, termina por darle al país una estabilidad y una excepcional proyección regional e internacional.

Desgraciadamente, a partir de fines de los sesenta vuelve a aparecer una conjunción de factores locales, pero sobre todo regionales e internacionales que, al igual que en el siglo XIX, van a sacudir los fundamentos mismos de la entidad libanesa, es decir la simbiosis de sus comunidades religiosas.

La desestabilización de la entidad libanesa desde 1967: un juego regional e internacional

Más de 100 años durante los cuales los elementos integradores reconstituirán el tejido sociopolítico libanés no bastarán, desgraciadamente, para impedir que la dinámica de los factores desintegradores actúe a partir de fines de los sesenta. Al igual que en el siglo pasado, esos factores influirán en los tres niveles: local, regional e internacional, y se entrelazarán de una manera compleja haciendo que el análisis sea tanto más difícil cuanto que los múltiples actores que van a salir a escena no tendrán un comportamiento homogéneo y los juegos de las alianzas serán movедizos. De ahí esa apariencia de incoherencia que caracteriza a los enfrentamientos multipolares que se desarrollan sobre suelo libanés desde la guerra israelí árabe de junio de 1967, pero particularmente desde 1975, año en el que el Estado libanés se ve definitivamente paralizado, en el que aparecen las milicias locales libanesas y en el que los palestinos se convierten en la razón central de los combates.

Lo que se juega en esos enfrentamientos parece ser un juego cuya suma es cero, en la medida en que ninguno de los actores logra marcar un punto decisivo sin que otro se lo anule. Esta lógica del juego que suma cero apareció de una forma aún más evidente desde la invasión del Líbano por Israel en junio de 1982. Es por ello que el movimiento nacional libanés y los movimientos armados palestinos parecían dominar la situación en el plano militar durante la primavera de 1976. En el verano del mismo año, todos sus avances fueron



anulados por la intervención siria, que será legitimada durante el otoño por decisión de la Liga árabe. Sin embargo, los avances sirios en el Líbano serán, a su vez, anulados progresivamente por la alianza de las falanges libanesas con Israel en el centro del Líbano, porque la milicia de Saad Haddad se pone a las órdenes de Israel en la zona fronteriza del sur del país.

Este jaque mate culminará con la invasión israelí de 1982, el desarme del movimiento nacional libanés, la sucesiva elección a la presidencia de la República libanesa de dos jefes falangistas (Bachir Gemayel, asesinado unos cuantos días después de la elección, y luego su hermano Amine). Sin embargo, en sólo unos cuantos meses la situación se invertirá nuevamente; en el transcurso del verano de 1983 las milicias falangistas serán derrotadas por las milicias drusas reconstituidas en las sangrientas batallas del Chouf en el Monte Líbano y los cañones sirios contendrán a voluntad a los contingentes de la fuerza multinacional de paz presente en Beirut. El jefe del movimiento nacional libanés, Walid Joumblatt, hijo de Kamal Joumblatt, asesinado en 1977, vuelve a aparecer como el árbitro de la situación libanesa, a pesar de que tras la influencia siria, reencontrada, se perfila una presen-

cia soviética masiva que hace fracasar todas las conquistas norteamericanas en el Líbano, realizadas en favor de la invasión israelí.

De esta forma, el tablero de ajedrez permanece abierto a todos los golpes. Unos veinte ejércitos libaneses y milicias locales, que representan los intereses más diversos y más contradictorios, están presentes dentro del territorio libanés. Obviamente que el significado de un fenómeno de este tipo no puede ser el resultado solamente de las contradicciones de los componentes de la población libanesa. Los falsos problemas del equilibrio comunitario de la entidad libanesa no son de hecho más que la superficie de un glaciar mucho más complejo, lo cual explica por qué un número tan grande de ejércitos extranjeros se ha reunido en ese minúsculo territorio.

Los datos locales de la crisis

Empecemos por analizar los factores locales de la crisis en los que las tendencias centrífugas de la sociedad libanesa vuelven a hacer su aparición después de cien años durante los que predominaron las corrientes integradoras. Subrayemos, sin embargo, desde ya, que esta inversión de tendencias no habría podido adoptar una amplitud tan grande sin que existiese una inversión similar que interviniera a escala del conjunto del Cercano Oriente, inmediatamente después de la guerra israelí-árabe de junio de 1967 y de la derrota árabe. De una amplitud sin precedentes, esta derrota anuncia el final de un orden político cultural, el de la Nahda, que estructuró al Machrek árabe desde la mitad del siglo XIX. La verdad es que el final de ese orden es lo que en la actualidad está desestructurando todo el Cercano Oriente, desgarrando el tejido social libanés que, con toda su complejidad, es un microcosmos de la sociedad del Cercano Oriente. Es esto lo que nos permite afirmar que el análisis del retorno de los factores desintegradores al plano de la entidad libanesa es la consecuencia de una problemática más amplia que afecta al conjunto de la región.

El primer factor desintegrador en el nivel local se manifiesta por el rechazo de las élites dirigentes tradicionales libanesas del orden restaurado por el general Fouad Chébab. Este orden estaba basado sobre dos grandes principios: rechazo de cualquier tipo de alineación en política regional e internacional y desarrollo de las funciones socio-económicas integradoras del Estado. El mandato del presidente Chébab estuvo marcado también por la instauración de un importante aparato de seguridad del Estado cuyo propósito era el de asegurar que estos dos principios se aplicaran de manera estricta. La política chebabista concluyó así en una notable marginalización del club de las personalidades tradicionales. Son estas últimas las que, desde el día siguiente de la guerra de junio de 1967, van a dismantelar progresivamente la obra del general Chébab. En 1968, en las elecciones legislativas, las listas chebabistas son obligadas a retroceder, particularmente en las zonas cristianas en las que una "alianza", llamada "helf", entre tres de las grandes personalidades maronitas (Chamour, Eddé, Gemayel) se realiza bajo la señal de un prooccidentalismo ciego y de un antinasserismo primario. En 1970, en las elecciones presidenciales, las personalidades tradicionales de todas las confesiones logran que sea elegido el último de los grandes señores feudales maronitas, Sleimane Frangieh, contra el candidato del bloque chebabista, Elías Sarkis. La coalición antichebabista tiene, como programa único, el dismantelamiento de los aparatos de seguridad del Estado. Mientras tanto, en 1969, este mis-

mo parlamento surgido de las elecciones de 1968 aprobó los acuerdos de El Cairo permitiéndoles a los movimientos armados palestinos que operaran contra Israel desde el sur de Líbano, lo que marcó la primera de las grandes brechas en la autoridad del Estado. Esta brecha será ampliada cuando el presidente Frangieh, para palear la pasividad del ejército libanés contra los *raids* israelíes de represalias, les permitirá a los movimientos palestinos disponer de armas pesadas dentro de los campos de refugiados.

A esta desintegración del Estado se le agrega el hecho de que el poderoso regreso del club de las personalidades tradicionales a la escena política libanesa frustró a toda una nueva capa social cuyo ascenso fue favorecido por el largo periodo de simbiosis comunitaria descrita líneas arriba —y cuyo periodo chebabista constituyó el punto culminante. Mencionaremos aquí, en particular, la emergencia de la comunidad chiíta al margen de su feudalismo tradicional (si no es que contra ella), a través del movimiento de los desheredados del Iman Moussa Sadre, y de Amal, rama militar del movimiento, así como del Consejo superior chiíta, creado a fines de los sesenta. Esta emergencia se debe a varios factores, entre los cuales hay que señalar el crecimiento demográfico mucho más rápido que en todas las demás comunidades, la política del Estado que busca desarrollar un contrapeso para el ascenso de la influencia sunnita y la fuerte concentración de la población chiíta en los cinturones de miseria de Beirut después de los aplastantes *raids* de represalias de Israel en el sur de Líbano.

La frustración de estas nuevas capas sociales favorecerá, “hacia la izquierda”, la emergencia del movimiento nacional y del Amal y “hacia la derecha” la de las fuerzas libanesas fincadas en torno a Bachir Gemayel que se considera, muy a su manera, el perdonavidas de la clase tradicional y, en especial, del Pacto nacional de 1943 en torno al cual esta clase unió sus intereses. La ausencia de renovación efectiva de la clase política libanesa desde 1920 será de hecho un poderoso motor de la emergencia de los movimientos impugnadores en el interior de la vida política libanesa a partir de mediados de los años sesenta. La juventud libanesa será un terreno particularmente fértil para las ideologías más radicales que, con el tiempo, servirán de trampas para favorecer el desarrollo de los sentimientos sectarios. En efecto, estos movimientos de impugnación se verán atrapados dentro del remolino de una desestabilización mucho más amplia, que es la del conjunto del Cercano Oriente. Los impugnadores del orden libanés, tanto los de derecho como los de izquierda, retomarán entonces las más detestables tradiciones centrífugas del Monte Líbano: las de un constante recurso al extranjero en una lucha sin piedad y sin reglas por el poder.

Habiendo caído en la trampa de ese recurso, el caos libanés del siglo XIX ya no reflejará más que las tensiones regionales, al igual que durante el siglo pasado, entre 1840 y 1960, cuando no hacía más que reflejar la rivalidad de las potencias coloniales, en particular la de Francia e Inglaterra, acerca del Cercano Oriente. Dentro de esta óptica, la agitada alianza de la más grande de las familias feudales del Monte Líbano, la de los Joublatt, con algunos de los movimientos armados palestinos y con Siria, cuyo objetivo es el de reducir los supuestos privilegios maronitas en la gestión del Líbano, aparece como la respuesta tardía a la política de alianzas del Emir Bachir II Chébab en el siglo XIX con los ejércitos egipcios de Ibrahim Pacha (cuya finalidad era la de limitar los privilegios de la feudalidad drusa).

Esta recurrencia de las fuerzas de desintegración dentro

de la existencia de la entidad libanesa no interviene entonces más que en favor de coyunturas regionales e internacionales, ellas mismas desintegradoras de la sociedad del Cercano Oriente después de la derrota árabe de junio de 1967; y éstas siguen hasta hoy minando las bases mismas del orden del Cercano Oriente.

El derrumbe del orden de la Nahda del Cercano Oriente

Como lo hemos visto ya, el orden es el de la Nahda, quien sirvió de base sociocultural y política al Cercano-Oriente desde mediados del siglo XIX pero, sobre todo, desde el final de la primera guerra mundial. Los principales elementos de la desintegración del orden de la Nahda son cuatro:

1o. Desaparición del nacionalismo árabe clásico

Este nacionalismo burgués y laico, en parte teorizado por los libaneses, había sufrido sin duda una radicalización por la influencia del nasserismo, en un sentido cesarista y socializante; a pesar de esta radicalización, podemos considerar al nacionalismo árabe nasseriano como la continuación del nacionalismo árabe burgués. Con la desaparición del nasserismo, es en efecto el conjunto del nacionalismo árabe el que se ve afectado, tanto en su fuerza social e ideológica como en sus aspectos institucionales (la liga árabe).

En el primer plano, diversos factores contribuyeron a desacreditar al nacionalismo árabe: el fracaso de todos los intentos por la unidad árabe; las feroces rivalidades entre los partidos políticos árabes que se reclaman de la ideología unitaria y, aún más, las sangrientas rivalidades que existen en el interior del mismo partido político, como es el caso de Baas; el fracaso en la lucha contra Israel, y finalmente el surgimiento en Egipto, tan pronto desaparece Nasser, del poder sadatino, hace parecer ridículo todo el periodo nasserista. De esta manera el camino queda abierto para que aparezcan las ideologías fundamentalistas islámicas.

En el segundo plano, es decir, en lo que concierne a la liga árabe, mecanismo institucional de solidaridad entre países árabes, el descrédito no es menos importante, y ha sido provocado por las mismas razones. De esto será testigo el fracaso del papel de la Liga árabe en la estabilización de la situación libanesa: los “cascos verdes” de la liga serán reemplazados por la fuerza multinacional encargada de mantener la paz, símbolo elocuente del poderoso regreso de la influencia occidental en el Cercano Oriente. La firma de los Acuerdos de Camp David y la expulsión de la Liga de Egipto constituyen dos testimonios más del fracaso de ésta como institución de solidaridad panárabe. Es cierto que la Liga árabe, transplantada a Túnez, sobrevivió a esas dos grandes pruebas y esto debe ser incluido en su haber. Pero no por ello deja de ser cierto que el papel que pudo jugar, en especial en 1964 y 1976, gracias a la organización de las cumbres de los jefes del Estado árabe, con el fin de reducir los conflictos interárabes y encontrar un consenso mínimo entre las políticas árabes contradictorias, pierde cada vez más su eficacia frente a un mundo árabe cuya solidaridad tiende a desaparecer después del efímero movimiento glorioso de la guerra israelí-árabe de octubre de 1973.

2o. Desaparición de la generación de los hombres políticos de la independencia

La desaparición del nacionalismo árabe clásico estuvo natu-



ralmente acompañada por la desaparición de los hombres políticos y de los jefes del Estado del periodo en que la independencia de los países árabes fue conquistada, es decir la de los años 1940 y 1960. Ya sea que se trate de burgueses liberales o de oficiales radicales, esa fue una generación formada durante el periodo colonial y cuyo universo cultural era el de la laicidad, el de la democracia burguesa o marxistoide. Con algunas raras excepciones, como las de Túnez, Marruecos, Jordania y Sudán, los hombres que hoy están en el poder en el mundo árabe ya no tienen el mismo horizonte sociocultural e ideológico impregnado de nacionalismo árabe y del conjunto de los valores de la Nahda. En el Líbano, la generación de los jóvenes jefes de las milicias, con todos sus componentes contradictorios, es un buen ejemplo de estos nuevos horizontes ideológicos y culturales en los que el nacionalismo árabe ya no tiene cabida.

3o. *Desaparición de las clases medias, sostén de los valores de la Nahda*

Este tercer factor de derrumbe del antiguo orden no es menos importante que los dos primeros: les es complementario. Las clases medias, surgidas de la aplicación, en varios países, del radicalismo sociopolítico de inspiración nasseriana, han desaparecido. Habiendo surgido gracias al desarrollo de los sectores públicos y de las empresas del Estado, fueron el pilar de una conciencia nacional panárabe, socializante y laicizante. La inflación que se desata debido a la prosperidad petrolera marginalizó a estas clases medias en provecho de nuevas capas sociales, aquellas que emigraron hacia los países petroleros o que se aprovecharon, en su propio país, de las diversas especulaciones causadas por el influjo de capitales petroleros. Estas nuevas capas sociales están impregnadas de un fundamentalismo religioso secretado por los gobiernos de los países petroleros y su motivación es fundamentalmente la satisfacción de las necesidades del consumo. A la generación ruidosa de la emancipación laica y socializante le sigue la piadosa generación del consumo y de la civilización del video. Nadie se sorprenderá, por lo tanto, ante el hecho de que las imágenes de los campeonatos de fútbol hayan emocionado más a las masas árabes durante el verano de 1982 que el sitio de Beirut por el ejército israelí. Cuando uno recuerda el ambiente que reinaba en los países árabes durante la triple agresión contra Egipto en 1956, puede medir el cambio fundamental que sobrevino en la sociedad árabe.

4o. *Desaparición de la no alineación.*

El último fundamento del antiguo orden que se derrumba es la no alineación en la política exterior. La expansión del nasserismo tuvo lugar en el seno de la del Movimiento de los No Alineados: desde mediados de los setenta, la tendencia se invirtió: los Estados Unidos volverán a tener en el Cercano Oriente una presencia preponderante, mientras que la Unión Soviética vivirá ahí sus más crudas derrotas.

Los nuevos factores de la desestabilización

Frente a este antiguo orden que se derrumba, podemos identificar cuatro factores primordiales cuya dinámica acelera su desaparición, sin que ello implique todavía que se logre instaurar uno nuevo. La acción de esos factores regionales e internacionales centrífugos va a cristalizar en la escena libanesa, en la que el desmantelamiento de la obra chébabista facilitará la tarea desestabilizadora.

1. *La dinámica sionista se vuelve abiertamente anexionista*

Potencia militar cada día más considerable, el Estado israelí, con la llegada al poder de la coalición de los partidos religiosos bajo la dirección de Menahem Begin, va a mostrarse abiertamente anexionista y expansionista. Mientras que las tendencias a la anexión eran negadas por el sionismo de los laboristas que pretendían entregar los territorios a cambio de la paz, el sionismo de la derecha israelí se muestra orgullosamente anexionista y legítima las conquistas territoriales por la fuerza militar y la confiscación de las tierras y de las aguas. A pesar de las condenas verbales que una política como ésta recibe por parte de los órganos de las Naciones Unidas o de la Comunidad Europea, nada podía poner fin a la salvaje colonización de la Cisjordania, acelerada por los acuerdos de Camp David. Menahem Begin obtendrá incluso el Premio Nobel de la Paz.

Por lo tanto, no debe uno sorprenderse de que el éxito de esta política de hechos consumados impregne el conjunto de la región del Cercano Oriente de una dinámica basada exclusivamente en el recurso a la fuerza armada y no en el diálogo, en la democracia y en la justicia. Asimismo, Israel que siempre soñó, para asegurar su perennidad, con una balkanización del Cercano Oriente construida sobre bases étnicas y religiosas, va a encontrar en la desestabilización de la entidad libanesa y después, en la invasión del Líbano en 1982, la posibilidad de aplicar por fin sus teorías.

2. *El surgimiento de los movimientos armados palestinos y la consagración de la OLP*

La resistencia palestina se consolida a partir de mediados de los años sesenta gracias a un clima de revolución antiimperialista a escala mundial. Es la época de la guerra de Vietnam, de la guerrilla en América Latina, de la Revolución cultural en China, del mayo 68 en Francia y de las grandes protestas estudiantiles en Alemania y en Italia. Empujada por ese viento internacional, la resistencia palestina creará ser la alternativa a las derrotas del nacionalismo árabe "pequeño burgués" bajo su faceta nasserista, así como a la impotencia de los ejércitos árabes frente a Israel. Esta resistencia será simultáneamente el vehículo del nacionalismo propiamente palestino y de la ideología revolucionaria universalista en la que el nacionalismo árabe de la Nahda ya no aparece más como un instrumento de las fuerzas imperialistas.

Es en el Líbano donde vendrá a instalarse la OLP después de su fracaso en Jordania, pero ahí ella se dejará atrapar en las trampas de las rivalidades entre los grupos políticos libaneses y ahí se convertirá en el rehén de las fuerzas israelíes y sirias, perdiendo así, en unos cuantos meses, todas sus conquistas de los quince años anteriores.

3. *El surgimiento de un poder fuerte y estable en Siria*

Durante los años cincuenta y sesenta Siria estuvo a punto de caer en una inestabilidad social y política crónica, y su peso regional frente a Egipto y a Irak era inexistente. Desde el principio de los años setenta, Siria conocerá la continuidad del poder de un solo hombre, Hafez el Assad. Gracias a la desestabilización libanesa, a la neutralización de Egipto por los Acuerdos de Camp David y, en fin, en el umbral de los años ochenta, a la guerra irako-iraní, Siria adquiere una estatura regional y un poder político cada vez más fuerte y cada vez más seguro de sí mismo. Una alianza privilegiada



con la Unión Soviética, relaciones estrechas tanto con el Reino Saudita, el Irán jomeinista y la Libia de Kadhafi, como con unos canales de comunicación siempre abiertos con los Estados- Unidos, hacen de Siria una pieza maestra de un equilibrio cada vez más inestable en el Cercano Oriente. Esta Siria fuerte y regionalmente preponderante despliega una política interna regional e internacional que evidentemente ya no responde a las antiguas reglas organizadas por el orden de la Nahda y, en particular, y a la manera de Israel, practica la política de los hechos consumados tanto militar como políticamente.

4. El surgimiento del poder petrolero y de la base religiosa

El último de los factores de la desintegración del antiguo orden, pero no el menos importante, es el petróleo. La prosperidad petrolera desencadenada por la cuadruplicación de los precios del petróleo en 1973 tiene, en efecto, tres consecuencias mayores:

a) Darle un peso desmesurado a dos de los países petroleros que van a desarrollar políticas regionales totalmente contradictorias: Arabia Saudita y Libia.

b) Desatar la ola de fundamentalismo islámico que va a cambiar dramáticamente el paisaje del Cercano y del Medio Oriente. El fundamentalismo islámico tendrá doble origen y dos tintes distintos: primero, un fundamentalismo de Estado, practicado a la derecha por Arabia Saudita y los países sobre los que ésta ejerce una influencia directa (los de la península arábiga y Egipto), y a la izquierda por Libia y los países que ella se esfuerza por transformar en sus satélites. Por otro lado, un fundamentalismo popular que reacciona ante los excesos socioeconómicos provocados por la riqueza petrolera y los fracasos de las políticas de modernización; este fundamentalismo tendrá también dos colores: uno el color sunnita y el otro el chiíta que triunfa cuando estalla la revolución iraní y se transforma en un fundamentalismo de Estado, exportador del radicalismo islámico chiíta a los otros países musulmanes del Medio Oriente y que es mayoritariamente sunnita.

c) Dislocar las estructuras sociales del Cercano Oriente; en realidad, el fundamentalismo islámico no surge más que para favorecer este dislocamiento. Como ya lo señalamos, la riqueza petrolera desencadena una fuerte inflación en el conjunto de la región del Medio Oriente. Esa inflación pule el estatuto de las clases medias surgidas del orden nasserista de los años anteriores y crea nuevos grupos sociales cuyo *status* descansa en la adhesión a una o a otra de las formas de fundamentalismo religioso y en las formas de consumo secretadas por la riqueza petrolera y por las élites dirigentes que tienen acceso a ella. Al mismo tiempo que el petróleo provoca la caída de las actividades productivas en la industria y en la agricultura, lleva a que se constituyan actividades económicas parasitarias en el sector de bienes raíces y en los servicios. De ahí que el fundamentalismo islámico pueda hacer, al mismo tiempo, las veces de un paravientos ostentatorio contra ese tipo de actividades o de valor-refugio contra la enajenación que éstas provocan con respecto al mundo real de una producción en retroceso.

Todos estos factores concurrirían en una explosión de sentimientos sectarios en el conjunto de la región, aun si el Líbano no se convirtiera en el terreno privilegiado en el que actuarán. Basta con recordar algunos incidentes que se produjeron entre coptes y musulmanes en Egipto, las terribles represiones de Alep y de Hama en Siria en 1982, sin olvidar los incidentes de La Haquíé en 1980, la captura de la Gran mezquita de la Meca en Arabia Saudita en 1979, los sucesos de Najf y de Kerbala en Irak, y también aquellos que ocurrieron en la Costa Este de Arabia Saudita y los del Bahrein, en donde parece que incluso un intento de golpe de Estado fue frustrado en 1982. Todo esto sin mencionar el ascenso del extremismo sionista en Cisjordania y la terrible represión que se abate sobre las minorías étnicas y religiosas de Irán desde la instalación del poder jomeinista.

Burgués liberal o radical socializante, el orden de la Nahda está efectivamente en plena desintegración sin que las nuevas fuerzas que actúan a nivel regional hayan estructurado aún un orden nuevo. Solamente dentro de este contexto es como puede explicarse la persistencia de la desestabilización de la entidad libanesa. Las terribles masacres del Chouf durante el otoño de 1983, después del retiro del ejército israelí, exactamente en el mismo sitio en el que tuvieron lugar las masacres más sangrientas del siglo pasado, confirman que el desgarramiento del tejido social libanés se amplía a medida que se desintegra el antiguo orden y que las rivalidades regionales y las tensiones internacionales se agudizan.

Por una restauración de la entidad libanesa

La restauración de la entidad libanesa es una obra de largo alcance. Esta no puede, sin embargo, realizarse más que si las comunidades religiosas libanesas, presas de las milicias locales y de las fuerzas regionales que las manipulan, dejan de ser la carne de cañón de todos los conflictos geopolíticos e históricos que se están saldando en este momento en el Cercano Oriente. *Una solución del problema libanés exige por lo tanto una estabilización regional garantizada por las grandes potencias, tal y como sucedió durante el siglo pasado.*

Una solución de este tipo tendría tanto más oportunidad de éxito cuanto que estuviera acompañada, o fuera seguida muy de cerca, por una solución equilibrada del problema palestino. La solución del problema libanés se ha convertido efectivamente, desde 1975, en un preámbulo indispensable para la solución del problema palestino que supone que, por fin, las potencias occidentales les pongan término a las pretensiones israelíes de decidir, usando la fuerza y la manipulación, el destino palestino y libanés y, más allá de éste, el del Cercano Oriente. Este valor que ha faltado hasta hoy puede manifestarse con más facilidad, actualmente, en la medida en que es necesario, paralelamente, poner fin a las pretensiones contradictorias de Siria y de Israel, que quieren hacerse cargo del destino libanés y palestino.

Es necesario, por lo tanto, devolverle el Líbano a los libaneses, a un pueblo cuya identidad y cuyo derecho a la libre existencia se ven nuevamente confiscados por las ambiciones de las potencias. Para ello, no hay más que una vía y no las vanas trapacerías a las que el Estado libanés ha sido sometido desde la invasión israelí, y que consisten en tratar de mantener un cruel balance entre la sumisión que se les pide a los libaneses, ya sea a los israelíes, ya sea a los sirios, o bien las malas puestas en escena, como aquella de la conferencia de Ginebra en la que, más que hablarse directamente, los sirios, los rusos, los norteamericanos e israelíes se hablan entre ellos, con los jefes de las milicias libanesas ejerciendo de intermediarios.

La vía de la solución debe apoyarse sobre dos principios fundamentales: la prohibición absoluta de utilizar el territorio libanés para fines militares en el marco de las tensiones y de los conflictos del Cercano Oriente y el retorno a la democracia, ya que las últimas elecciones parlamentarias se remontan a 1972 y la soberanía del Parlamento fue vulnerada desde 1975 por la dominación de las milicias (sin hablar de las dos elecciones presidenciales de 1976 y 1982, que tuvieron lugar en el contexto de masivas presiones militares extranjeras, de Siria en el primer caso, de Israel en el segundo). Sólo un parlamento renovado por elecciones democráticas puede legítimamente emprender una reforma de las instituciones y no de los jefes de milicias, cuyas estrategias son dictadas por las potencias regionales que las utilizan.

Varios factores favorables deben permitir la aplicación rápida de estos dos principios: Francia y Estados Unidos, así como Italia e Inglaterra, no pueden seguir careciendo de política con respecto al Líbano y dejándose llevar, por lo menos en el caso de las dos primeras potencias, a un proceso de vietnamización como el que padecen las poblaciones civiles libanesas. Golpear, más o menos ciegamente, a algunas milicias locales libanesas, entremezcladas con la población civil, al mismo tiempo que se absuelve a los verdaderos dirigentes locales del juego, que no son otros que los israelíes y los sirios, es el resultado, si no de una hipocresía, por lo menos sí de la ausencia de un programa que instrumente una solución rá-

pida del problema libanés y del conflicto israelí-árabe. Esta política del avestruz no impedirá que exista un día en que se produzca un derrape serio en el Cercano Oriente, sin contar con que no se puede seguir derramando sangre libanesa y palestina de una manera tan escandalosa y que dura ya tantos años, por el único placer de no tocar los intereses israelíes y de no rozarse directamente con la presencia rusa en Siria. Salir del avispero del Cercano Oriente exige por lo tanto un plan de solución serio, y que se aplique rigurosamente.

Por otro lado, entre la FINUL en el sur y la Fuerza multinacional en Beirut, la comunidad internacional dispone en el Líbano de más de veinte mil hombres armados para instrumentar un programa de soluciones que sea razonable. Se podría así concebir perfectamente que esas soluciones sean promulgadas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas y garantizadas por sus miembros permanentes —lo cual supone evidentemente que las potencias occidentales acepten entablar conversaciones con la Unión Soviética al mismo tiempo que le quita cualquier pretexto para pescar en aguas turbias—. Esas soluciones serían:

—El reconocimiento, en hechos y no sólo en palabras, del derecho palestino a una existencia nacional independiente.

—El regreso del Líbano a su pueblo, liberado de las invasiones extranjeras y de las milicias locales, que no son más que su prolongación adicional.

Para el caso particular del Líbano, el Consejo de Seguridad debería decidir el siguiente reglamento, que contiene tres niveles:

A. Estatuto internacional

1) El territorio libanés es declarado, dentro de las fronteras definidas por su constitución, como *militarmente neutral* bajo la garantía de los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

2) La aplicación y la supervisión de este nuevo Estatuto les son encomendadas, por el Consejo de Seguridad, a los batallones de los países neutrales, es decir, no involucrados en forma directa en el conflicto israelí árabe, lo cual aleja la presencia norteamericana o rusa.

B. Reglamentos regionales

1) Evacuación, sin condiciones, del territorio libanés, de las fuerzas israelíes, sirias y palestinas —no se admitirá, bajo ningún pretexto, la presencia militar.

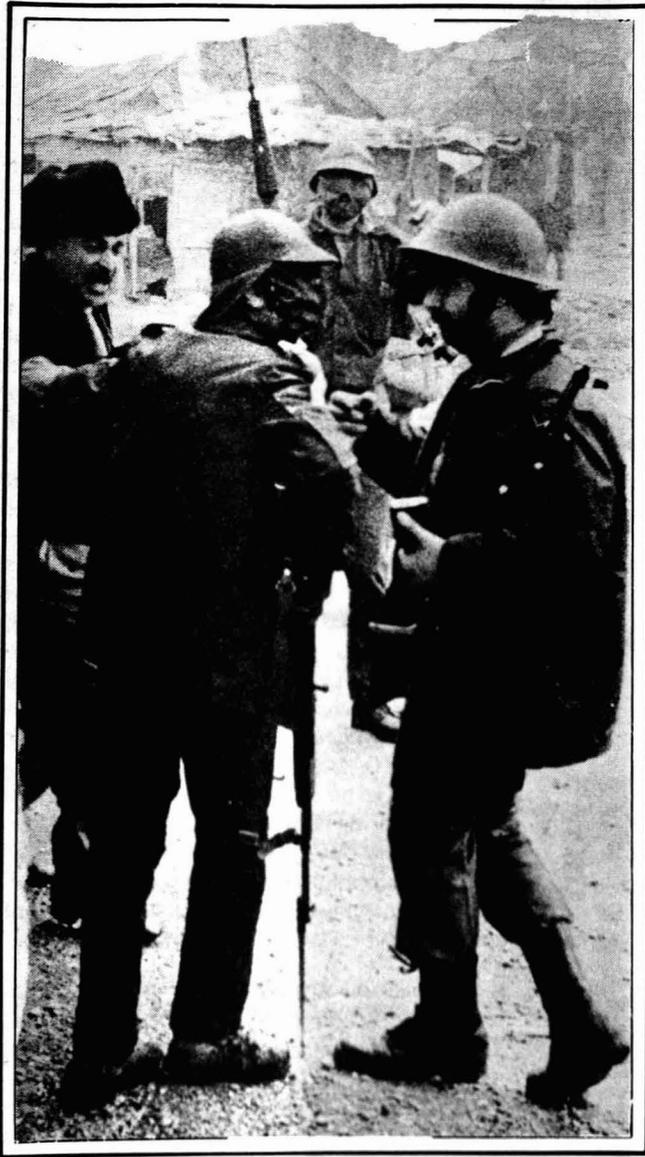
2) Los acuerdos de El Cairo¹ son oficialmente abrogados y la convención del armisticio con Israel se convierte en una parte integrante del nuevo estatuto garantizado por los miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

3) No se le pedirá al Líbano que normalice sus relaciones con Israel fuera de un reglamento global de lo contencioso entre los israelíes y los árabes.

4) El Líbano sigue siendo miembro de la Liga árabe pero se retira del Tratado Interárabe.

C. Restauración nacional

¹ Acuerdos de 1969 en virtud de los cuales el gobierno libanés autorizó a la OLP a operar contra Israel desde el sur del Líbano.



1) Disolución de las milicias, sea cual sea su denominación, e integración de los combatientes calificados a los marcos y a las filas del ejército.

2) Desarme generalizado de la población por parte del ejército libanés, con la participación de las fuerzas internacionales presentes en Líbano.

3) Refuerzo de la gendarmería nacional, ya que el ejército es confinado al papel de "guardián de las fronteras", con el apoyo de las fuerzas internacionales.

4) Organización de elecciones parlamentarias libres, eventualmente sobre bases electorales nuevas, que aseguren alejar a los extremistas confesionales, bajo la vigilancia y el control de las fuerzas internacionales presentes en el Líbano. El nuevo parlamento elaboraría las reformas internas necesarias.

5) Regreso al hogar de todas las personas que fueron desplazadas.

6) Prohibición de los partidos políticos en los que más del

60% de sus adherentes pertenecieran a una sola religión o a una sola entre sus comunidades religiosas libanesas.

En fin, se le encomendaría a una comisión de personalidades internacionales escogidas por el Consejo de Seguridad que supervisara la instrumentación a todos los niveles de este reglamento y su conveniente ejecución. Otras dos comisiones, que trabajarían bajo la égida de esta Comisión supervisora, deberían ser creadas (una debería ser militar y estar compuesta por expertos militares de alto nivel que se ocuparían de reorganizar el ejército libanés, y la otra debería ser jurídica y estar compuesta por juristas independientes, tanto libaneses como extranjeros, con miras a elaborar, si fuese necesario,² una nueva ley electoral en el sentido que ha sido indicado líneas arriba, así como una nueva ley sobre los partidos políticos).

He aquí las grandes líneas del reglamento, única cosa que puede hacer que Líbano recupere la paz y la libertad. Aún si éste puede parecer todavía utópico frente al cinismo y la amoralidad de las grandes potencias y de las potencias regionales, la experiencia de los veinte años de conflicto sobre suelo libanés el siglo pasado, y luego, el renacimiento de la entidad libanesa después de 1861, no deben, sin embargo, permitir que nos desesperemos. El futuro cercano puede parecer más sombrío que nunca; las contradicciones regionales e internacionales se vuelven, en efecto, cada día más agudas y la política de los hechos militares consumados domina la escena en el Cercano Oriente dentro del marco de ideologías nuevas, cuya base es el fundamentalismo religioso y el sectarismo, y cuyo principal pionero en esta región del mundo —hay que recordarlo— fue el sionismo.

En cambio el futuro lejano puede y debe quedarse abierto. Les toca a los libaneses, que permanecen alejados del caos y convencidos de la perennidad de la existencia libanesa, el forjarse desde ya y para siempre este futuro tanto para su propia patria como para el Cercano Oriente, cuya estabilidad, dada la naturaleza de las cosas, condiciona la del Líbano.

Al igual que sus antepasados del siglo XIX, será responsabilidad de los libaneses, también, de la misma manera en que la generación de la Nahda lo intentó, renovar la cultura árabe, para liberarla —y esta vez definitivamente— de las ideologías sectarias y fundamentalistas, de tal manera que el Cercano Oriente pueda florecer y estabilizarse en la expresión democrática y apacible de los derechos de todos sus hijos. Sólo así podría vencerse a los aspectos sectarios y colonialistas del sionismo, y sólo así recuperarán Palestina y Líbano su verdadera faz: la de tierras de paz, de justicia y de democracia para todos. Claro que la fuerza bruta puede todavía seguir sembrando la desgracia en el Cercano Oriente. Es responsabilidad de los libaneses y de los árabes emigrados no aceptar la política de los hechos consumados, igual que a principios de este siglo, cuando, al luchar contra la dominación del Imperio Otomano y, en particular, contra la dictadura del sultán Abdul Hamid, supieron imprimirles, a la identidad y a los derechos árabes, una existencia nacional autónoma.

² El régimen electoral libanés actual puede ser la base de nuevas elecciones. Sin embargo, un nuevo recorte de las circunscripciones electorales, que quebraría la homogeneidad confesional de algunas de las zonas, particularmente de Beirut, impediría justamente que los extremistas confesionales fuesen elegidos. Además, el igualar el número de los escaños de los diputados cristianos y de los mulsumanes, en lugar de la distribución que reina hoy que es de seis diputados cristianos por cada cinco musulmanes, parece hoy por hoy ser el objeto de un consenso, incluso en el seno de las fracciones combatientes; ésto le permitirá a la comunidad chiíta el contar con una representación parlamentaria más amplia.